

MONSEÑOR ETTORRE BALESTRERO, NUNCIO APOSTÓLICO EN COLOMBIA*

Muy queridos hermanos en el episcopado y el sacerdocio, y en el bautismo. Antes de todo, agradezco mucho la invitación que me ha sido cursada para participar en este Congreso que, por otra parte, se sitúa justo en la mitad del Año de la Vida Consagrada (VC), convocado por nuestro papa Francisco; y, por eso mismo, en coincidencia con la Asamblea General de la CLAR, que ha trabajado tanto para organizarlo con todos ustedes. Como decimos, aprovechamos la pausa del medio día que ofrece la oportunidad de reflexionar y de intercambiar experiencias.

Acabamos de escuchar el pasaje evangélico de “la tempestad calmada”. Acompañado de un breve pero incisivo texto del libro de Job, en el que Dios se revela como el Señor del mar; Jesús increpa al viento y ordena al mar que se calme.

En la Biblia, según lo que nos dicen la primera lectura y el Salmo 107, el mar muchas veces se considera como un elemento amenazador, caótico, potencialmente destructivo, que solo Dios, el Creador, puede dominar, gobernar y silenciar. En la reciente encíclica del papa Francisco “*Laudato Si*”, “Alabado seas”,

* Homilía pronunciada durante la Eucaristía del domingo 21 de junio. Textos: Jb 38, 1.8-11; Sal 106, 23-26.28-31; 2Co 5, 14-17; Mc 4, 35-41.

precisamente nos muestra en qué sentido Dios es el Señor de la naturaleza y en qué sentido nosotros tenemos que cuidar del universo y de todo lo creado.

Sin embargo, más allá del mar hay otra fuerza, una fuerza positiva que mueve al mundo, capaz de transformar y renovar a las creaturas. Es la fuerza del amor de Cristo, como la llama san Pablo, en la Segunda Carta a los Corintios. No es, por tanto, esencialmente, una fuerza cósmica, sino divina, transcendente, que actúa también sobre el cosmos. En sí mismo el amor de Cristo es otro tipo de poder. El Señor manifestó esta alteridad transcendente en su Pascua, en la santidad del camino que eligió, para liberarnos del dominio del mal, como había sucedido con el éxodo de Egipto, cuando hizo salir a los judíos atravesando las aguas del mar rojo.

¡Dios mío!, exalta y exclama el salmista, tus caminos son santos; abriste caminos por las aguas, zumbando por las aguas caudalosas. En el Misterio Pascual, Jesús pasó a través del abismo de la muerte, porque Dios quiso renovar así el universo, mediante la muerte y la resurrección de su hijo, muerto por todos, para que todos puedan vivir, por aquel que

murió y resucitó por ellos, y para que no vivan solo para sí mismos. Esto es lo que a nosotros, y a Ustedes como Vida Consagrada, nos toca anunciar, testimoniar con la vida y con la Palabra; que Jesús ha muerto por todos, para que no vivamos solo para nosotros mismos, en un mundo en el cual, desafortunadamente, la tendencia que todos conocemos es el egoísmo, es el orgullo, es preocuparse solo de nosotros mismos.

El gesto solemne de calmar el mar tempestuoso es claramente un signo del señorío de Cristo, sobre las potencias negativas, e induce a pensar en su divinidad, ¿Quién es este?, se preguntan asombrados y atemorizados los discípulos. ¿Quién es este que hasta el viento y las aguas le obedecen? Su fe aún no es firme, apenas se está formando, es una mezcla de miedo y de confianza; por el contrario, el abandono confiado de Jesús al Padre es total y puro. Por eso, por este poder del amor, de esta confianza, puede dormir durante la tempestad, totalmente seguro en los brazos de Dios. Pero llegará el momento en el que también Jesús experimentará miedo y angustia; cuando llegue su hora, sentirá sobre sí todo el peso de los pecados de la humanidad, como una gran ola

que está apunto de abatirse sobre él. Esa sí que será una tempestad terrible, no cósmica sino espiritual; será el último asalto, el asalto extremo del mal contra el Hijo de Dios.

Sin embargo, en esa hora Jesús no dudó del poder de Dios Padre y de su cercanía, lo contrario de los Apóstoles, aunque tuvo que experimentar plenamente la distancia que existe entre el odio y el amor, entre la mentira y la verdad, entre el pecado y la gracia; experimentó en sí mismo, de modo desgarrador, este drama, especialmente en Getsemaní, antes de ser arrestado, y después, durante toda la pasión hasta su muerte en la cruz. En esa hora, Jesús, por una parte, estaba totalmente unido al Padre, plenamente abandonado en Él y, por otra, al ser solidario con los pecadores, estaba como separado y se sintió como abandonado por Dios.

Como sucedió con Jesús, las religiosas y los religiosos también han de crecer en la fuerza del amor, del amor divino que transforma al mundo, y han de librar cada día la verdadera lucha del combate radical, no contra enemigos terrenos sino contra el espíritu del mal. Es una lucha que cada uno de nosotros tiene que

hacer dentro de sí mismo; si no logramos hacerlo dentro de nosotros, no podemos ser testimonios creíbles y sabios para los demás.

Las tempestades más fuertes que amenazan a la VC son sutiles asaltos del diablo, de los cuales se deben defender con la armadura de Dios, con el escudo de la fe y con la espada del espíritu, que es la Palabra de Dios. Permaneciendo unidos a Jesús, las religiosas y los religiosos siempre deben tener delante la profundidad del drama humano; por eso, están llamados a entregarse por completo y a ofrecer también su sufrimiento, a gastarse por el cuidado y el alivio de quienes sufren, y de quienes no conocen a Dios.

El Santo Padre Francisco, en la Carta Apostólica dirigida a ustedes, los consagrados, con ocasión del año que estamos viviendo, ha propuesto como sus objetivos, los mismos que san Juan Pablo II propuso a la Iglesia a comienzo del Tercer Milenio. Ahora yo quisiera recordar dos de ellos: la oración y la caridad. Francisco ha dicho recientemente a los religiosos que digan a los nuevos miembros, por favor, que no se pierde tiempo orando; adorar a Dios no es perder tiempo, alabar a Dios no es perder tiempo. El Papa, refirién-

dose a sí mismo como consagrado, y es el primer Papa religioso en 182 años, ha indicado que sin la oración cotidiana, el vino se volverá vinagre. Ahora bien, de la oración brota la caridad; así el amor que un consagrado lleva en su corazón y transmite a los demás, reboza la ternura y estará siempre atento a las situaciones reales de las personas y de las familias. Pero para salir, como nos dice el papa Francisco, antes hay que estar en el Señor, hay que quedarse frente del Señor, sobre todo en la Eucaristía, y allí, adorarlo, alabarlo, rezarlo para todos, y sacar las fuerzas para después salir, y desgastarnos para los demás. Solo así los religiosos sentirán la predilección del corazón de Jesús, especialmente por los enfermos y los que sufren.

Queridas hermanas y queridos hermanos, hoy la Palabra de Dios vuelve a proponer nuestra atención sobre estas bases. Los peligros del activismo y de la secularización están siempre presentes; muchos religiosos pueden estar tan absorbidos por las miles de tareas que conlleva el servicio pastoral, que corren el riesgo de descuidar lo único verdaderamente necesario: escuchar a Cristo para cumplir la voluntad de Dios.

Cuando se den cuenta de que corren este riesgo, recuerden las palabras y el ejemplo que nos da el Santo Padre, que es religioso también, repito, la manera como se podrá renovar siempre la VC, que parte de la consagrada fidelidad a los consejos evangélicos, de esa sólida coherencia de vida que los identifica como religiosos. El Señor nos invita hoy a no buscar ninguna comodidad y a responder radicalmente al Evangelio, a no perder de vista todos estos elementos, sobre todo los que nos identifican como religiosos. Esto solo es posible a través de la oración constante y profunda.

Invoquemos, entonces, la protección maternal de Santa María, de modo que, incluso en medio de las tempestades que puedan levantarse repentinamente en nuestra vida y en la vida de nuestras congregaciones, podamos experimentar el soplo del Espíritu Santo, que es más fuerte que cualquier viento contrario, e impulsa a la barca de la Iglesia y a cada uno de nosotros. Por eso, debemos vivir siempre con serenidad y cultivar en el corazón la alegría, dando gracias al Señor porque es eterna su misericordia. Amén.